Alessandro Carrera

Saber

Traducción de Pepa Linares

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Sapere*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Società editrice il Mulino, Bologna, 2022
© de la traducción: Pepa Linares, 2024
© Alianza Editorial, S. A., 2024
Calle Valentín Beato, 15
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-813-6
Depósito legal: M. 15.873-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Prólogo. De un artículo impublicable

23 I. Por un saber no jerárquico
53 II. El diseño del saber
83 III. El saber a prueba de la «cultura de la cancelación»

117 Conclusión. Darwin en el espacio

123 Notas

Dijo el maestro: «Yu, ¿quieres que te enseñe lo que es la sabiduría? Cuando sabes una cosa, reconocer que la sabes; y cuando no la sabes, admitir que no la sabes. Eso es la sabiduría».

CONFUCIO, *Analectas,* Libro II, XVII

And it seems nobody's interested in learning but the teacher.

THE TEMPTATIONS, *Ball of Confusion*

Prólogo
De un artículo impublicable

En los años anteriores a 1987, fecha de mi traslado a Estados Unidos, trabajé en algunas editoriales de medicina alternativa. Por la mañana daba clases, primero como suplente en institutos y escuelas de magisterio, luego con una cátedra en la enseñanza media. Por la tarde me sentaba a mi mesa de trabajo para hojear revistas cuyo contenido abarcaba temas de homeopatía, herboristería, prácticas varias de la *new age,* alquimia (que ya no pretende convertir en oro los metales viles, porque en términos generales es una herboristería filosófica y prefiere llamarse espagírica) y medicina ayurvédica india. El Ayurveda sostiene una visión holística del hombre y del cosmos, y su objetivo no es tanto la curación de enfermedades concretas como la conservación del equilibrio entre mente, cuerpo, espíritu y universo *(Vaste programme,* habría dicho un gran

general francés). Al principio, yo era bastante ignorante de todas las disciplinas que acabo de mencionar. Mi entrevista de trabajo se desarrolló de este modo: «¿Sabes quiénes fueron los Rosacruces?», me preguntó el editor. «Sí, lo sé», respondí. En realidad, de aquello sabía muy poco, no más de lo que puede aprenderse echando un vistazo a los libros de Frances Yates. Pero, según parece, fui el único de los entrevistados que no abrió los ojos como platos al oír semejante pregunta. Añado que ni siquiera el editor sabía nada del tema. Le habían mencionado a los Rosacruces, sentía curiosidad y buscaba que alguien le dijera quiénes eran. Los editores no van a hojear una enciclopedia porque asumen que ya habrá alguien que lo haga por ellos. Por lo demás, responder «sí, lo sé» a cualquier pregunta que te formulan es muy peligroso. La dialéctica hegeliana siervo-amo se dispara como un relé, y tú te encuentras en la situación del siervo que debe saber lo que el amo ni se plantea aprender. Cierto es que, de ese modo, el siervo adquiere conciencia de su saber y sale a la calle para hacer la revolución, pero mi editor era tan simpático con su no-saber que no me planteaba organizar una conjura de palacio contra él (como luego tuve ocasión de constatar, otros ya lo estaban pensando). En el término de pocos días, me encontré en un despacho, todo blanco y bien iluminado, ocupándome de cosas de las que no tenía la menor idea y que debía aprender con la mayor rapidez posible.

El saber tiene cuatro modalidades. Hay quien sabe que sabe, y su sabiduría es la de los ancianos antiguos y venerables, que conocen los orígenes y las causas. Hay quien no sabe que sabe, como Edipo, que tenía solo una oscura noción de haber causado un problema en la familia, y esta es la triste sabiduría del inconsciente. Hay quien no sabe que no sabe, atraviesa la vida a grandes pasos y nadie puede desviarlo de su necia felicidad. Y finalmente estás tú, que sabes que no sabes (si lo admites, eso te honra), te parece que caminas sobre las huellas de Sócrates, pero cuando los demás se empeñan en creer que sabes, solo porque ellos saben menos que tú, y te ponen en la situación «del que se supone que sabe», el asunto se complica. Gran parte de mi historia profesional se basa en hablar y escribir de temas que hasta el día anterior desconocía. Raramente he conseguido enseñar el único que de verdad he estudiado a fondo, la estética de la música, sobre la que escribí mi tesina y mi tesis doctoral. Todo lo demás lo he aprendido por el camino, como saltando a trenes en marcha. Dicho lo cual, si de un día para otro te nombran redactor jefe de cinco revistas de medicina alternativa, tienes que orientarte como sea. Porque mi cometido no consistía solo en revisar la gramática y el estilo de los artículos que recibía y en asegurarme de que se respetaban las reglas tipográficas; también tenía que hacer de parapeto para las propuestas destinadas a la papelera. Por supuesto, en un sector editorial como el que he mencionado no faltaban los

artículos que cabe calificar de extravagantes incluso para los estándares de la editorial, que eran bastante tolerantes en materia de extravagancia.

Un día me llegó una contribución para la revista de medicina ayurvédica que comenzaba más o menos así: «Dado que, como es sabido, las mujeres lesbianas engendran hijos sin huesos...». Sonó la alarma. Bien está que se nos conozca por ser bastante generosos con los límites de la credulidad humana, pensé, pero está vez se va a reír de nosotros el mundo entero. Telefoneé al director de la revista, un adepto que había creado un centro de medicina ayurvédica, pagaba los gastos de publicación de la revista y no tenía ningunas ganas de oírme porque no era la primera vez que lo llamaba con una queja. En general, se trataba de la confusa sintaxis de sus colaboradores, que ni siquiera yo conseguía desentrañar, pero esta vez el caso era más grave. Sin reescribir el principio, aquel artículo no podía publicarse. Pero los autores son dos médicos indios, se defendió el director, son profesionales, nosotros nos hemos limitado a traducirlo. Entonces pregunte a esos dos médicos lo que pretenden decir, porque, como usted mismo comprenderá, esto no puede quedarse así.

Llegó la respuesta. Los médicos indios sabían de sobra que lo que habían escrito no era «cierto», pero citaban un texto muy antiguo, uno de los fundamentos de su medicina, y el hecho de mencionar al principio de un artículo un texto fundacional era una forma de

honrar como se debe a los antepasados; una praxis muy común en una medicina que era también una filosofía y que tenía unos tres mil años de historia a sus espaldas.

Si no recuerdo mal, el artículo no se publicó o, en todo caso, salió con muchos recortes, pero nunca he dejado de pensar en aquel leve incidente editorial. En efecto, ¿qué ocurre si nos trasladamos de la India a Occidente y consideramos con el mismo ojo crítico, el del redactor preocupado por no quedar mal ante el mundo científico, la devoción que la filosofía europea, y en especial la italiana, sienten por sus autores antiguos? Hablo de los clásicos, de los que hay que citar para honrarlos, aunque ya no tengan nada que decir (o eso parece) para el discurso de la ciencia actual, que solo se preocupa de los artículos con un número respetable de *citations* en revistas *double-blind peer-reviewed,* que una vez instalados alrededor de un cierto *median* deben entrar en un *metrics* cuyos criterios siempre me han parecido más arcanos que la alquimia de Paracelso. ¿Qué significa, a los ojos del científico puro y duro, que no tiene tiempo para memeces, ese continuo referirse a Platón y Aristóteles, a Hobbes y Descartes, a Leibniz y Kant o (Dios nos libre) a Hegel y la devastación idealista que lo siguió? Este continuo encender velas en las tumbas de los antepasados ¿no será tal vez el equivalente occidental del texto ayurvédico que nos informa de que las mujeres lesbianas engendran hijos sin huesos? ¿Por qué continuamos ata-

dos al yugo de ese pasado? ¿Qué esperamos que nos digan esos cuerpos que ya, y desde hace tanto tiempo, no conservan siquiera los huesos? ¿No sería mejor «hacer un buen tachón» (expresión de Giacomo Leopardi que volveré a utilizar) sobre el saber del pasado y comenzar de nuevo, liberándonos así para siempre de esa tradición de pretenciosos patriarcas en estado de perenne erección intelectual que, entre banquete y banquete, se inventaban un mundo hecho a su medida mientras que las mujeres y los jovencitos les servían las bebidas? ¿No será que cada vez que comenzamos un escrito con un «según Platón...» estamos repitiendo el gesto de los redactores de aquella doctrina india deshuesada? ¿Y no sería mejor que alguien nos dijera: «Esto no es publicable»?

No hace mucho se me pidió que valorara un libro sobre el concepto del honor, obra de un joven filósofo analítico. No esperaba encontrarme un amplio análisis del honor del guerrero en la Grecia clásica, del *honor est praemium virtutis* en la cultura romana, del concepto de *honestus* como «aquello que es digno de honor», del *cursus honorum* y otras antiguallas, pero es que ni siquiera había referencias a una bibliografía de anteayer sobre la ética del honor, que, por cierto, existe y tiene calidad. Las referencias se basaban en textos recientísimos, cuya razón de existir consistía en la correcta definición del término, no en la historia que subyace al concepto o a su importancia para la cultura. Con esa premisa, no era necesaria ninguna alusión a la

literatura del pasado, aunque fuera próximo. Igual que un microbiólogo empeñado en un proyecto de investigación concebido el día anterior, a quien no puede interesar la historia de la microbiología por la sencilla razón de que no lo acerca un solo paso al objetivo que se ha trazado, el joven filósofo ambicionaba ser un científico del honor, aislarlo en un microscopio y clasificarlo. No tenía tiempo de rendir honores a los antepasados. De hecho, no le preocupaba tenerlos. El tema nacía con él y con quien lo había tratado en los años de su doctorado.

Di mi aprobación. Desde su punto de vista, no había cometido errores. Su texto articulaba correctamente las premisas epistemológicas en las que se basaba. Y, en consecuencia, conseguía que yo me sintiera un nostálgico de los libros que comienzan con el equivalente a: «Puesto que, como es bien sabido, las mujeres lesbianas...».

Pero la cuestión no se resuelve con una rendición incondicional, porque aquí no se trata de la preparación científica o de la competencia y, bien mirado, tampoco de la cultura. Lo que está en juego es el saber, cosa muy distinta. Seguramente un microbiólogo que se basa en la literatura científica reciente sabe más, en lo relativo a su investigación, que quien reconstruye los hechos que llevaron a Robert Koch a estudiar los cultivos bacterianos. Pero quien escribe un libro sobre el honor —me pregunto— ¿puede presumir de saber más de lo que sabía Cicerón solo porque vive dos mil años

después (una nadería en comparación con la edad de la especie humana, sus valores y sus pasiones)? Y quien quisiera elaborar una crítica del código de honor caballeresco ¿puede aspirar a decir algo más de lo que Shakespeare pone en boca de Falstaff en la primera parte de *Enrique IV,* al comienzo de la batalla de Shrewsbury? La ciencia militante procede incansable hacia el futuro, que es su cometido y su destino; y también su nada, porque con cada triunfo, si quiere, puede dejar tierra quemada a sus espaldas, pero el saber, no. El saber ha de ser capaz de detenerse, mirar atrás, contemplar las ruinas del pasado como el ángel de Benjamin y volver sobre sus pasos, a despecho del viento del progreso, cuando atisba el brillo de una joya antigua que no ha quedado reducida a polvo y que todavía irradia luz.

Aquel texto antiguo de medicina ayurvédica, que solo podía citarse reconstruyendo su contexto (cosa que el artículo que llegó a mis manos no hacía), ya no forma parte del conocimiento precisamente porque a su manera y en su tiempo era un texto científico y aspiraba a participar de la objetividad de la ciencia. Y la ciencia no conoce piedad por su pasado porque sabe que siempre se equivoca, incluso cuando no lo admite, y que siempre se encuentra de camino a la próxima verdad; la misma verdad que, para empezar, deberá arrumbar los esfuerzos que sirvieron para alcanzarla. Hace años leí el artículo de un científico inglés que no ocultaba el fastidio que le producía la invitación a

Como para asistir a una ceremonia en honor de Alessandro Volta. «Hemos venido a homenajear a uno de nuestros modestos antecesores *(mild ancestors)*», escribía. Comprendo el aburrimiento de las reuniones oficiales, pero Volta aisló el gas metano e inventó la pila eléctrica. Cambió el mundo. ¿Y es solo un «modesto antecesor»? La práctica de la ciencia es lineal, jerárquica y punitiva consigo misma. Pero el saber —que es también el saber de la ciencia, se entiende, no solo como actividad de laboratorio, sino como escritura, elaboración de teorías y conflicto entre paradigmas— no es lineal y vive al mismo tiempo en muchos mundos, el nuestro y el de nuestros antepasados, que, por lo demás, de modestos no tenían nada.

Es posible que un antropólogo funcionalista como Malinowski pueda explicarme cuál es mi cultura y para qué me sirve, pero difícilmente podrá enseñarme cuál es mi saber. Porque el saber no es ni la educación que he recibido ni la suma de los libros que he leído. Comenzó con la humanidad, mucho antes de que se formara la noción de cultura. Es, ante todo, el saber de los orígenes, saber qué dios hizo esto y qué dios creó eso otro. Y tener conciencia de que todos los actos, incluso el más cotidiano, ocurren bajo la mirada de los dioses y son siempre un sacrificio dirigido a ellos. Hasta que se difundió la escritura alfabética, que sustituyó el mundo de los dioses por el de los signos, no nació el concepto de cultura como patrimonio que se ha de conservar en un lugar separado de la

vida, un objeto que puede envolverse en un rollo de papiro y colocarse en un estante. Al principio era todavía un bien colectivo, perteneciente al pueblo o a la ciudad, pero en cuanto fue posible crearse bibliotecas personales, se hizo individual. Así, el saber y la cultura tomaron caminos distintos, a veces paralelos, a veces entrecruzados, otras veces realmente divergentes. La cultura se puede juzgar desde fuera, desde otra cultura. Juzgar un saber es mucho más difícil, porque el saber es también eso que resiste a la cultura. La cultura se puede destruir, como se ha hecho ya tantas veces. Más difícil es destruir el saber, porque muchas veces está oculto, fluye silencioso por debajo de la cultura; de hecho, es su inconsciente. Del saber nos acordamos cuando estamos a punto de perderlo y hay que transmitirlo. Y no es cosa sencilla, porque el saber no está sujeto a las leyes de la comunicación. En realidad, esa anarquía respecto a la comunicación constituye su fuerza y su debilidad. El saber, fundado desde siempre en la autoridad, no puede jactarse de autoridad ninguna ante la comunicación, y tampoco debe.

El saber puede transmitirse en el mundo de la comunicación solo si se presenta astutamente desarmado, pues, aunque renuncie a ser jerárquico, no por eso es democrático o, mejor dicho, no es democrático a la baja. Confiere a quien lo recibe un privilegio que poco tiene que ver con la cantidad de información que se puede mostrar o con el poder-saber de una disciplina bien aplicada. La ética del saber es no ceder a